

creo en la resurrección de los muertos

Hermanos, no queremos que esteis en la ignorancia respecto de los muertos, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. (1 Tes 4, 13).

La comprensión de la dimensión histórica humana está presente en todo el desarrollo del pensamiento moderno. Si la vida es evolución, el yo personal que se encuentra inmerso en la corriente evolutiva, siente el fin, la muerte personal. ¿Para cada hombre se cierra el mundo en sí mismo con la muerte? ¿Es la muerte esa posibilidad última fatal acompañante de toda posibilidad humana, que ha de hacernos vivir en la angustia, como la única pose de autenticidad? ¿Para cada uno de nosotros se cierra la vida circularmente en nacimiento y muerte o, si exprimimos hasta el fondo la misma vida humana, podemos encontrar una esperanza?

Creo que el mundo moderno tiene una sensibilidad especial para encontrar la pregunta por el sentido último de la vida, a flor de anécdota, en el golpeo continuo de la existencia ordinaria: una esqueleto mortuoria en la prensa, la muer-

te de un ser querido, se multiplican los accidentes. Cada uno de nosotros siente de una manera muy cercana aquello del Libro del Eclesiastés: "todo tiene un momento y cada cosa su tiempo bajo el cielo: su tiempo de nacer y su tiempo de morir"; (Qo 3, 12); e instintiva e inconscientemente tendemos a acallar en nosotros esa pregunta por el fin viviendo en la vulgaridad.

la cercanía de la muerte

Aun en el mero horizonte de la Biología, cuando nos acercamos a un ser vivo elemental —esa primera llamada a la vida como es la de un microbio— no podemos concebirlo sino como una organización altamente improbable, que necesita en cada instante una captación de energía para poder mantener su estructura; vida y muerte son polos de una misma realidad. Tanto

podríamos decir este ser está viviendo o este ser está muriendo.

La persona humana es el único ser vivo que puede reflexionar sobre su vida y sobre su muerte, pero ¿reflexionamos? Decíamos anteriormente que la muerte se ha hecho cercana y familiar al hombre de nuestro siglo. Cercanía que raras veces nos incita a una meditación más profunda, pues, si es verdad que el problema de la muerte es la otra cara del problema de la vida, a menudo no vivimos sino que pasamos la vida, y, por lo tanto, no morimos sino que la muerte pasa por nosotros. No es infrecuente la experiencia de encontrar que nada hay tan lejano a nosotros como nuestra misma intimidad. Vivir en sinceridad humana significa reflexionar, es decir, poder agarrar la vida con nuestras propias manos. El hombre también puede agarrar el fin de su vida corporal, la muerte, con sus propias manos. Intentaremos hacerlo con la luz de la fe y la fortaleza de una esperanza cristiana que queremos llenar de contenido.

el misterio de la vida y de la muerte en el nuevo testamento

En el Antiguo Testamento el Sabio Qohélet (autor del libro del Eclesiastés) nos había enseñado que hay un tiempo para vivir y un tiempo para morir. Sigue en pie la pregunta: ¿cómo es esa muerte humana?, ¿qué sentido tiene la muerte para el hombre cuando la coloca entre sus manos? Es verdad que el tiempo de morir es insobornable y que la "muerte con pies iguales mide la choza pajiza y los palacios reales". La fe sin embargo nos lleva a no ignorar la suerte de los muertos "porque si creemos que Jesús murió y resucitó, de la misma manera Dios llevará consi-

go a los que murieron en Jesús", (1 Tes 4, 14). Desgraciadamente los cristianos hemos olvidado con frecuencia aquella primera predicación en la que los Apóstoles se esforzaban por dar al pueblo de Dios el sentido de la vida y de la muerte, porque la muerte humana no puede pensarse sin la resurrección. "Os recuerdo hermanos, decía Pablo a los Corintios, el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido y en el cual permanecéis firmes, por el cual sois salvados si lo guardáis tal como os lo prediqué (...). Si no habéis creído en vano: porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras (1 Cor 15, 1-4). Ahora bien si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo andan algunos de entre vosotros diciendo que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó (1 Cor 15, 12-14). Es Pablo el que ha acuñado los términos de conmuertos y corresucitados con Cristo. En el bautismo hemos sido sepultados con Cristo y por el bautismo vivimos una vida nueva, "pues si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos ya no muere más, y que la muerte ya no tiene señorío sobre Él" (Rm 6, 8). Es innegable que en la perspectiva paulina de existencia salvada y redimida por Cristo —que resucitado de entre los muertos ya no muere más— hay una solapación de planos: muerte natural y muerte al pecado, vida natural y vida nueva —vida eterna con Cristo Jesús. La superposición de planos está pretendida en San Pablo puesto que para el cristiano el vivir es Cristo. El

pecado en esta óptica es lo opuesto a la resurrección y por eso es muerte, "pues el salario del pecado es la muerte" (Rm 6, 23). "Mas si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo haya muerto ya a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia, y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (Rm 8, 10-11).

"Ahora bien, mientras habitamos en este cuerpo, vivimos en el desierto lejos del Señor, pues caminamos en la fe y no en la visión (2 Cor 5, 6) y aunque poseemos las primicias del Espíritu gemimos en nuestro interior (Rm 8, 23) (...) y con fe firme esperamos el cumplimiento de la esperanza bienaventurada y la llegada de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo (Tit 2, 13) quien transfigurará nuestro pobre cuerpo en un cuerpo glorioso semejante al suyo (Fil 3, 21)" (Concilio Vaticano II Const. Lumen Gentium, n.º 48). Estas palabras del Concilio, que, como puede observarse, son un trámado de textos de San Pablo, tienen que hacer revivir en nosotros esa esperanza cristiana, y meditando en profundidad nos ayuden a desentrañar el misterio de la muerte humana, que en definitiva es el misterio de nuestra existencia, puesto que es lo mismo decir un hombre ha nacido, que un hombre puede morir.

El pensamiento de Pablo podríamos resumirlo así: la Resurrección de Cristo es la firme esperanza de nuestra resurrección; por el bautismo llevamos en nosotros esa semilla de vida nueva, vida que no conoce la muerte como su autor Cristo. Semilla que hará un día

que nuestro cuerpo mortal se vista de inmortalidad, para estar siempre con el Señor.

Es interesante notar cómo San Pablo insiste en esa continuidad del hombre nuevo y del hombre resucitado; el hombre exterior se corrompe pero el hombre nuevo se renueva día a día. Esta experiencia personal de Pablo que él quiere transmitir a los cristianos es importantísima para entender cómo a la luz de la fe la muerte no es un paso desgarrador de angustia, de salto en el vacío, sino el tránsito maduro y sereno del que espera caer en las manos de Dios, pues "las almas de los justos están (?) en las manos de Dios" (Sab 3, 1). Este sentido de la muerte como maduración, como paso y no como fin, en definitiva —la dimensión personal del Misterio Pascual— el tránsito de esta vida al Padre, el paso de la muerte a la vida, no lo comprendió el pueblo de Dios desde el primer momento. Nos encontramos ante uno de los casos de esa maravillosa pedagogía con que Dios fue enseñando al pueblo elegido. Todo el libro del Exodo es el acontecimiento histórico, por el que un pueblo pasa de una situación de muerte a una situación de vida. En el libro de la Sabiduría nos encontramos descritas dos muertes muy diferentes en su contenido humano: la muerte del justo y la muerte del impío. La muerte de Cristo encomendando en las manos del Padre su espíritu (Lc 23, 46) es el ejemplar de toda muerte humana.

¡Qué raras veces consideramos a la muerte así, en sencillez, en toda su dimensión humana y cristiana. Para el cristiano el tiempo, la vida, no es esa rueda loca, que todo lo arrebatara al ritmo de la fortuna y el eterno retorno hace que todo tenga que volver a empezar, sin un

fin, sin una meta. No es cristiano el aforismo popular, unos vienen y otros van y la vida sigue igual. Para el cristiano el andar en este mundo es una espera paciente, pero laboriosa, de su paso al Padre.

cómo será la resurrección de los muertos

Para el que tiene los ojos atentos al espectáculo de la vida, la muerte no tiene sentido y menos la resurrección. Los primeros fracasos de la predicación paulina fueron precisamente entre aquellos griegos, que, como nota San Lucas con finísima psicología, "en ninguna otra cosa pasaban el tiempo sino en decir y oír la última novedad" (Act 17, 21). Aquellos hombres no entendieron la resurrección de los muertos y se burlaron de Pablo. Otros quisieron comprender el misterio y montaron un espectáculo teatral en un mundo de ultratumba; tampoco creían verdaderamente en la resurrección.

Un grupo de Saduceos se presentó capciosamente al Señor: "había entre nosotros siete hermanos. El primero se casó y murió; y no teniendo descendencia, dejó su mujer a su hermano. Sucedió lo mismo con el segundo y con el tercero, hasta los siete. Después de todos murió la mujer. En la resurrección, pues, de ¿cuál de los siete será la mujer? Porque todos la tuvieron. Respondióle Jesús: estáis en un error, por no entender las Escrituras, ni el poder de Dios. Pues en la resurrección ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo. Y en cuanto a la resurrección de los muertos ¿no habéis leído aquellas palabras de Dios cuando dice: Yo soy el Dios de Abraham,

el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es un Dios de muertos sino de vivos" (Mt 22 25-32).

Los Corintios hicieron a Pablo la misma pregunta que los Saduceos: "¿cómo resucitarán los muertos?, ¿con qué cuerpo vuelven a la vida? (1 Cor 15, 35) y Pablo reaccionó violentamente llamándoles: necios. Desgraciadamente cuántos manuales de Teología no merecen el mismo reproche de Pablo. Hemos querido montar y contemplar con nuestros ojos de carne el espectáculo de almas deambulantes y cuerpos humanos en estado esfumoso a lo cual ha ayudado no poco una iconografía popular mal orientada y muy poco cristiana.

Admiramos el esfuerzo de todo el pensamiento teológico para explicar de alguna manera el hecho de la resurrección. Sólo queremos indicar, como lo hace el Catecismo Holandés, que estas representaciones generalmente no son captadas por la sensibilidad moderna. Y más, a algunos hombres de nuestro tiempo pueden extrañar e incluso ser un obstáculo para su fe. Pablo ha querido prescindir del cómo de la resurrección. "Así también en la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo natural hay también un cuerpo espiritual. En efecto, así es como dice la Escritura: Fue hecho el primer Adam alma viviente; y el último Adam espíritu que da vida. Mas no es lo espiritual lo que primero aparece, primero lo natural; luego lo espiritual. El primer hombre salió de la tierra, es terreno; el segundo viene del Cielo. Como el hombre terreno, así son los hombres terrenos; como el celeste, así

serán los celestes. Y del mismo modo que hemos revestido la imagen del hombre terreno, revestiremos también la imagen del celeste" (1 Cor 15, 42-49). En la expresión paradójica de San Pablo, debemos ahondar, como afirma K. Rahner "será un cuerpo neumático, verdadera corporeidad, que sin embargo es pura expresión del espíritu que se ha hecho ya uno con el pneuma de Dios; su propia corporeidad sin ser para él estrechez, humillación, ni vaciedad, una corporeidad que ya no suprime la liberación del terreno aquí y ahora lograda con la muerte, sino que le da plena manifestación (K. Rahner, *Escritos de Teología*, II, 3.^a ed. Taurus Ediciones, Madrid, 1967, p. 229).

¿Cómo debemos pues comprender las palabras de la Biblia? Hemos de hacer el esfuerzo para poder dar a los hombres de nuestro tiempo la fe en la resurrección que es el motivo de nuestra esperanza. Este ha sido el esfuerzo del Catecismo Holandés. "No se trata de cambiar la fe, sino de traducir los mismos artículos de la fe de otra manera. ¿Por qué? Porque la Biblia no considera jamás al alma como existente fuera de toda materialidad, de todo estado corporal. En nuestra época no nos podemos representar un alma separada. El ser de cada uno existe en relación tan íntima con su cuerpo que no nos podemos imaginar un "yo" separado que no esté ligado de alguna manera con un cuerpo. **Abordemos**, pues, sin ideas preconcebidas las palabras de la Biblia. ¿Qué leemos allí? De Jesús está escrito: El ha resucitado", de otros que han muerto: vivirán (1 Cor 15, 22). Se han dormido (1 Cor 15, 6). Conocemos también la promesa de Jesús en la cruz al buen ladrón: desde hoy estarás conmigo en el paraíso

(Luc 23, 43). San Pablo habla también de ir a vivir al lado del Señor (2 Cor 5, 8) (.....).

El Señor quiere decir que alguna cosa del hombre, lo que constituye su ser, puede ser salvado después de la muerte. Esta cosa no es el cadáver que queda. Pero Jesús no dice que esta realidad no exista sin ningún lazo de unión con un cuerpo nuevo. La existencia después de la muerte es algo de la resurrección del cuerpo nuevo. Este cuerpo que resulta no se construye ya de moléculas dispersadas en la tierra, iremos más lejos. Es un hombre nuevo que comienza a despertarse "(Une introduction à la foi catholique, Le nouveau catechisme d'adultes réalisé sous la responsabilité des évêques des Pays Bas. Edition français. IDOC-France, Paris 1968, pp. 597-598).

Y ahora debemos callarnos. No podemos hacernos una representación precisa del cómo de la resurrección. Debemos vivir en la firme esperanza de la resurrección puesto que llevamos por el bautismo esa semilla del hombre nuevo, "pues es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y que este ser mortal se revista de inmortalidad" (1 Cor 15, 53).

Para el cristiano que ha avivado su esperanza en la fuente de la revelación, la muerte debe perder su sentido angustioso de fin e iluminarse a luz del Misterio Pascual. El secreto de la muerte se descubre, pues la muerte es el paso de esta vida al Padre, acompañado de Aquel que pudo decir: Yo soy la resurrección y la vida". el que cree en mí, aunque muera vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás", (Jn 11, 25-26).